

Vivir en los límites de la incertidumbre.

Por: Ilaria Gaspari. Reporte Sexto Piso. 02/11/2020

Recuerdo que los titulares de los periódicos del invierno pasado mencionaban la existencia de un virus bastante contagioso en China. Habían confinado una ciudad entera. «Pobre gente...», pensé, y volví a mis asuntos. Todavía recuerdo, el invierno pasado, a mi madre con una gripe que no le dio ningún respiro. «Todo el mundo está enfermo en el trabajo», me decía por teléfono. Yo le decía: «Pobrecita, descansa un poco, ya pasará». Y recuerdo más noticias, los primeros casos de infección en un pequeño pueblo cerca de Milán. Los titulares de los periódicos, las primeras alertas.

Luego, un sábado por la noche a principios de marzo, íbamos a cenar a casa de un amigo, cuando mi hermana me llamó desde Milán y me dijo: «Van a cerrar Lombardía». «¿Cerrar? Es un chiste». A través de la ventana podía ver las luces de Roma, la gente, el comienzo de la primavera. Esa noche, estacionamos el auto que no íbamos a usar durante tres meses. En ese momento no lo sabíamos. Para junio, la batería se había agotado. Pero mientras tanto, pasaron muchas cosas. Habíamos visto fotos de ciudades desiertas, tiendas cerradas, bares y restaurantes con las rejas bajadas. Habíamos experimentado miedo y rabia, habíamos escuchado a los expertos en la televisión, pero no había respuestas definitivas. Estábamos pagando la debilidad de un Parlamento en constante litigio, surgido de un año muy difícil para la política italiana. Además, Italia fue el primer país de Europa que se enfrentó a lo que ya no era una epidemia sino una pandemia.

Pan-, el prefijo del todo, el prefijo que nos concierne a todos. El más mínimo gesto podría llevar el contagio. Empezamos a pensarnos mucho las más mínimas acciones: besarse, estornudar, viajar, moverse. Cantamos el himno nacional, pero también el éxito musical del verano anterior, salíamos a los balcones todos los días a las 6 p.m., pero no duró mucho. Escuchamos a los expertos y, en las redes sociales, todos eran expertos. Las teorías de la conspiración comenzaron a circular. Vimos la ciudad de Bérgamo en la televisión, invadida por los ataúdes. Las escuelas estaban cerradas, como todo lo demás. Estábamos enojados, alguien comenzó a señalar posibles chivos expiatorios. «Es culpa de los corredores», decían. ¡Están corriendo y propagando la enfermedad! Entonces, como de costumbre, las tendencias racistas comenzaron a salir a la superficie. «Es culpa de los

inmigrantes», dijeron. El odio estaba aumentando. Todavía recuerdo las sirenas de las ambulancias; mi perro ladraba en el silencio y otros perros le respondían.

Un mañana que tal vez nunca llegue

Después de dos meses de confinamiento duro y un mes de confinamiento blando, a principios de junio, la gente comenzó a moverse gradualmente de nuevo, las tiendas volvieron a abrir, pero no las escuelas. Todos llevaban un cubrebocas. Ya no nos besábamos, pero a veces salíamos a cenar, íbamos a festivales, partíamos de vacaciones. El número de infectados nos tranquilizó, el verano sonaba un poco como un armisticio. Y, sin embargo, aquí estamos, el verano casi ha terminado y ni siquiera podemos saber qué pasará este otoño. Se barrunta una nueva contención. Los padres, los profesores, los estudiantes no saben si la escuela será presencial, o si los cursos se llevarán a cabo a distancia, en línea, de nuevo, con todos los problemas que experimentamos la primavera pasada.

Lo único seguro es la incertidumbre. Está bien decir que la incertidumbre es uno de los signos de la condición humana; está bien citar a Zygmunt Bauman y repetir que, en la era de la incertidumbre, no debemos hipotecar nuestras elecciones pensando en un mañana que tal vez nunca llegue.

La pandemia, desde el año pasado, nos ha dejado incapaces para ocultar la incertidumbre de nuestra condición. Ha revelado la impotencia de las herramientas que nos permitieron olvidar nuestra vulnerabilidad. Vivíamos proyectados en el futuro, como si pudiera asegurarnos que teníamos el control del mismo. Pero la pandemia nos obliga a vivir en el presente. A pensar en nuestras acciones de forma fragmentada, y a no hacer planes para un futuro que de repente parece realmente insondable.

Forzados a mirar al cielo

No es fácil vivir el presente, acostumbrarse a no refugiarse en el futuro. Es como si alguien hubiera volado el techo de nuestra pequeña casa. Sin protección, estamos así, a la intemperie, obligados a mirar al cielo. Sin embargo, como cualquier desafío, no debemos ignorarlo, debemos tratar de enfrentarnos a él. Ya no tenemos la defensa del futuro, que siempre fue incierto, pero que nos permitíamos imaginar como tranquilizador, ya que le confiábamos nuestras esperanzas y temores. Por lo

tanto, debemos aprender a pensar dentro de los límites, dentro de las determinaciones del presente.

No poder confiar en la esperanza y el miedo recuerda a las enseñanzas del estoicismo. Como escribió Borges, los griegos no conocían la incertidumbre.

Es cierto, tenían una idea muy bien desarrollada sobre el destino y la necesidad. También es cierto que tuvieron que desarrollarlo, precisamente para sobrevivir a la amenaza de la incertidumbre que constituye nuestra condición humana. En el Manual de Epicteto, un pequeño y maravilloso vademécum del verdadero estoico, amado por Marco Aurelio, Blaise Pascal y Giacomo Leopardi, encontramos instrucciones que son particularmente significativas para hoy. Epicteto nos enseña a distinguir dos categorías entre las cosas: «las que están a nuestro alcance y las que están fuera de nuestro alcance». Epicteto nos enseña que debemos aceptar que no debemos ser obstinados en cambiar las de la segunda categoría. Esto no es algo que podamos entender —quiero decir, entender no sólo con nuestras cabezas sino con nuestros corazones— de la noche a la mañana; aunque también es cierto que la pandemia está empezando a educarnos de esta manera. Por otra parte, tan pronto como ya no dispersemos nuestras energías en vanos intentos de cambiar lo que no podemos cambiar, podremos concentrar nuestros esfuerzos en la primera categoría de cosas, las que dependen de nosotros. Tal vez esta pandemia sea nuestra escuela de estoicismo.

[LEER EL ARTÍCULO ORIGINAL PULSANDO AQUÍ](#)

Fotografía: Reporte Sexto Piso.

Fecha de creación

2020/11/02